

SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
29 de junio de 2012
Hch 12, 1-11; 2Tim 4, 6-8, 17-18; Mt 16, 13-19

La solemnidad de hoy, hermanas y hermanos queridos, llena de alegría al Pueblo cristiano. Los apóstoles san Pedro y san Pablo constituyen las grandes columnas del colegio apostólico que, bien fundamentadas en Jesucristo, nos son garantía de la fe que profesamos. Pedro, recibió la misión más institucional de cabeza de los apóstoles, y Pablo, la de ejercer un ministerio itinerante y más carismático. Ambos, con su diversidad complementaria de misiones, "con su sangre, plantaron la Iglesia", tal como cantábamos en el inicio de esta celebración. Ambos, en Roma, sufrieron el martirio por fidelidad a Cristo. Y ambos son guías de nuestra fe. Por eso todas las Iglesias de occidente y de oriente hoy celebramos los dos apóstoles conjuntamente. Y, celebrarlos, pide también que nos dejemos enriquecer por su testimonio.

Las lecturas que acabamos de escuchar nos han hablado de los elementos fundamentales de su vida. En primer lugar, de cómo Jesucristo era el centro y el todo de su existencia. Y, como consecuencia de ello, nos han hablado de la fidelidad y la docilidad que ambos le tuvieron hasta el gesto supremo de dar la vida por él y por su Evangelio. Y, además, en tercer lugar, nos han hablado de la comunión eclesial, vivida en el amor y en la solicitud fraterna, en el seno de las primeras comunidades cristianas, los dos apóstoles la vivieron entre ellos, a pesar de algunas diferencias de perspectiva y de sensibilidad. Y ambos trabajaron para que el amor fraterno fuera el distintivo de los discípulos de Cristo, tal como el Señor mismo había pedido (cf. Jn 15, 12).

Ambos compartían una misma fe. Ambos reconocieron en Jesús de Nazaret *al Mesías, el Hijo de Dios vivo*. Pedro había convivido con él, había compartido la alegría y el cansancio de la actividad misionera del Maestro; y también había experimentado interiormente la derrota de la pasión y la cruz de Jesús, todo se le había derrumbado, hasta que vio el rostro luminoso del Señor resucitado. Por ello, Pedro continúa haciendo resonar su voz a través de la predicación de la Iglesia y afirmando a propósito de Jesús de Nazaret: *Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo*. Pablo, en cambio, no había conocido a Jesús durante la vida mortal del Maestro. Fue unos años después de la muerte y la resurrección del Señor cuando este se le manifestó como viviente y le confió la misión de anunciarlo a los no judíos (cf. Gál 1, 16-17). Pedro y los demás dirigentes de la Iglesia le reconocieron su vocación apostólica y su misión particular. Por eso, Pablo defendió siempre que su predicación era tan importante como la de Pedro (cf. Gál 2, 8). Uno y otro predicaron a Jesucristo como Mesías y como Hijo de Dios. Esta predicación era fruto de la vocación particular que habían recibido. Pero, también, y en grado eminente, de haber hecho vida propia el mensaje del evangelio en medio de múltiples dificultades. El amor a Cristo y a la Iglesia les motivaron a trabajar sacrificadamente y a perseverar hasta el final, hasta el martirio.

San Pedro y san Pablo nos enseñan a vivir el amor a la Iglesia. Quisiera detenerme un poco, estimulado por la solemnidad de estos dos grandes apóstoles y ante las noticias negativas que a veces nos llegan de varios lugares sobre los fallos de algunos miembros de la comunidad eclesial. Ultimamente, la difusión desde dentro del propio Vaticano de documentos confidenciales ha causado mucho impacto y ha suscitado todo tipo de comentarios y de interpretaciones. Los hombres y mujeres que formamos la Iglesia tenemos nuestras virtudes, pero también nuestros defectos y nuestros pecados; y estas noticias negativas tienen en esto último -defectos y pecados- su origen. Pero la Iglesia no es una mera organización humana. Queda claro en las

palabras del evangelio de hoy, cuando Jesús dice al príncipe de los apóstoles: *tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. ... Mi Iglesia*. La Iglesia, pues, es de Jesucristo, no es de nadie más. Y nada ni nadie la puede tomar de sus manos, ni los poderes humanos, ni la indignidad de sus miembros, ni la perversidades de algunos períodos históricos o de algunas actuaciones. La Iglesia ha nacido de la inmolación de Jesús en la cruz; y él la ama entrañablemente como esposa, la nutre cada día con la Palabra y los sacramentos y la lava cada día, además, con su perdón. A pesar de los errores humanos de sus miembros, el responsable de la Iglesia es Jesucristo. Por eso, porque él la ama, nosotros amamos a la Iglesia, que a pesar de los errores y las limitaciones humanos, aquí en la tierra está formada también por una inmensa multitud de hombres y mujeres de corazón manso y humilde que son presencia del Reino de Dios en el mundo.

Nos deben doler los episodios negativos que se dan en el interior de la Iglesia, nos debe doler la campaña que bajo el velo aparente de defender al Santo Padre, hace mucho daño al testimonio de la Iglesia, hiere la persona de Benedicto XVI y traiciona la confidencialidad de algunos que le escribieron en conciencia. Pero, como Jesucristo, como los apóstoles Santo Padre y San Pablo, como tanta gente de espíritu evangélico, debemos seguir amando a la Iglesia y trabajando para que cada vez sea más aquella esposa *sin mancha ni arruga* que quiere Jesucristo (cf. Ef 5 , 27). En cambio, que haya diferencias en las cosas opinables y en la valoración de los acontecimientos, no es algo necesariamente negativo. Si se vive desde el amor, desde la humildad y desde la búsqueda de la verdad o de lo que es mejor, es algo positivo. La comunión eclesial arraiga, precisamente, en la fe y en el amor fraterno que *no busca el propio interés* (1Cor 13, 5) sino que, escuchándose y dialogante mutuamente, busca compartir los propios dones con los hermanos (Hch 4 , 32).

La solemnidad de hoy nos invita a profundizar la comunión eclesial; fundamentada en la profesión de la misma fe expresada en el Credo, en el hecho de compartir los mismos libros bíblicos que nos transmiten la Palabra de Dios y en la vivencia de los mismos sacramentos. Hoy, de una manera particular, debemos estrechar los vínculos de comunión con la Iglesia de Roma y con su obispo que es sucesor del ministerio de Pedro y Pablo. Como la primera comunidad cristiana hacía con san Pedro cuando estaba en la cárcel (cf. primera lectura), también nosotros oramos *insistentemente a Dios* por el Santo Padre Benedicto XVI, para que lo sostenga en su ministerio de fortalecer en la fe a sus hermanos (cf. Lc 22, 31) y en su tarea de purificación evangélica tanto del conjunto de la comunidad eclesial (cf. Jn 21, 15-17) como de la curia romana que le ayuda en su *solicitud por todas las Iglesias* (cf. 2Cor 11, 28).

Pedro y Pablo están presentes en Roma. Sus sepulcros glorifican la Santa Trinidad y testimonian la fe en Cristo en la que arraiga la Iglesia. Hoy damos gracias sabiendo que, en la comunión de los santos, ambos están espiritualmente presentes en todas las Iglesias en las que resuena su palabra apostólica; también, por tanto, en medio de nuestra asamblea.

Ahora nos disponemos a celebrar la Eucaristía; que la recepción de los Santos Dones nos de fuerzas en la fe y nos haga, en la escuela de los dos grandes apóstoles que hoy celebramos, "amigos de Dios" (cf. canto de entrada).